



## ¡SED! EVANGELIOS VIVIENTES

Si los discípulos viven las bienaventuranzas, su vida tendrá una proyección social. Es Jesús mismo quien se lo dice empleando dos metáforas inolvidables. Aunque parecen un grupo insignificante en medio de aquel poderoso imperio controlado por Roma, serán «*sal de la tierra*» y «*luz del mundo*».

¿No es una pretensión ridícula? Jesús les explica cómo será posible. La sal no parece gran cosa, pero comienza a producir sus efectos, precisamente, cuando se mezcla con los alimentos y parece que ha desaparecido. Lo mismo sucede cuando se enciende una luz: sólo puede iluminar cuando la ponemos en medio de las tinieblas.

Todos sabemos para qué sirve la sal. Por una parte, no deja que los alimentos se corrompan. Por otra, les da sabor y permite que los podamos saborear mejor. Los alimentos son buenos, pero se pueden corromper; tienen sabor, pero nos pueden resultar insípidos.

El mundo no es malo, pero lo podemos echar a perder. Una Iglesia que vive las bienaventuranzas contribuye a que la sociedad no se corrompa. Unos discípulos de Jesús que viven su evangelio ayudan a descubrir el verdadero sentido de la vida.

Hay un problema y Jesús se lo advierte a sus seguidores. **Si la sal se vuelve sosa, ya no sirve para nada.** El cristianismo se echa a perder. La Iglesia queda anulada. Los cristianos están de sobra en la sociedad.

Lo mismo sucede con la luz. Todos sabemos que sirve para dar claridad. Los discípulos iluminan el sentido más hondo de la vida, si la gente puede ver en ellos «*las obras*» de las bienaventuranzas. Con su vida han de aportar claridad para que en la sociedad se pueda descubrir el verdadero rostro del Padre del cielo.

No nos está permitido servirnos de la Iglesia para satisfacer nuestros gustos y preferencias. Jesús la ha querido para ser sal y luz. Evangelizar no es combatir la secularización moderna con estrategias mundanas. Menos aún hacer de la Iglesia una "contra-sociedad". Sólo una Iglesia que vive el Evangelio puede responder al deseo original de Jesús.



## Lecturas: Is. 58,7-10 / Pablo. 2, 1-5

**Mt. 5, 13-16.** En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: –Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del cedro, sino para ponerla en el candelero y que alumbe a todos los de la casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos.

### Palabra del Señor

## LECTIO DIVINA

### Ambientación

Todos nosotros hemos escuchado, en algún momento, una reflexión sobre la necesidad absoluta de las buenas obras para la salvación. Si llevamos este argumento al extremo podemos pensar bien que la fe no es necesaria, porque las buenas obras son suficientes, bien que las obras en exclusividad son propias de una religión deforme, pues lo importante es la fe. Estamos ante una discusión antigua, que cada cristiano y cada comunidad se plantea en su vida de fe.

### Nos preguntamos

¿Te consideras persona de acción o de oración? ¿Las dos actitudes son contrarias o contradictorias en la vida cristiana? ¿Se puede ser cristiano si no se toman decisiones por los demás? ¿Se puede ser cristiano si no se vive con criterios morales, espirituales, claros?

### Nos dejamos iluminar

Jesús no rechaza el hacer buenas obras, pero las resitúa: el discípulo de Jesús vive en medio de la vida, no escondido. Esto supone, por una parte, tener que tomar decisiones, incluso contra una opinión generalizada. Sus criterios y sus palabras pueden ser distintos a los de la mayoría. Sus gestos, su forma de vivir, de relacionarse, de apoyar a unos u otros, marcan la diferencia. El cristiano, siendo luz y siendo sal, desde el corazón del evangelio, hace presente el reino de Dios. Incluso contra corriente. Esas son sus buenas obras.

### Seguimos a Jesucristo hoy

¿Es fácil o no ser cristiano? Dicho de otra forma: ¿cómo vives tu relación con las riquezas materiales? ¿Compartes tu dinero o piensas que es solo tuyo? ¿Apoyas decisiones sociales de una mayoría, aunque interiormente estés en desacuerdo, o dices lo que piensas? ¿Te niegas a sostener situaciones injustas? ¿Te arriesgas a que hablen mal de ti por discrepar de una mayoría?